DOMINGO XXXIV SOLEMNIDAD DE CRISTO REY DEL UNIVERSO

P. Emilio Betancur

UNA PANDEMIA SIN PROFETAS

Esta pandemia que además de tenernos en la incertidumbre nos ha exacerbado la violencia urbana, agudizado la pobreza y el egoísmo por el confinamiento mal aprovechado; nos ha alejado más de la verdad porque la solución no está solo en la apertura del comercio, de la reconciliación porque se ha extralimitado la inequidad; es decir, no hay ninguna condición para la paz social. Esta pandemia adolece de profetas.

650 años antes del nacimiento del Mesías, Ezequiel después de ser sacerdote en Jerusalén le cambio el mismo Dios la misión para ser profeta en el Exilio. No es fácil dejar la dignidad sacerdotal en la tribu de Leví para proclamar de nuevo la Alianza (fe y justicia) como condición de retorno del exilio. Las imágenes de unas ovejas descarriadas y perdidas una tras otra en un día de tiniebla y oscuridad hicieron eco en el corazón del profeta Ezequiel para pensar en lo que Yahvé hizo por Israel: "Los sacaré de todos los lugares en donde se extraviaron, cuando se oscureció el día y el cielo se cerró" (babilonia). "Yo soy el pastor, los cuidaré mientras descansan… yo los apacentaré como es debido" (primera lectura). El anuncio novedoso del texto está en que Israel sigue siendo el rebaño de Dios que retornará del exilio. Así fue como Ezequiel contó siempre con Dios, quien cambió su cetro de rey por un bastón de pastor (Is 40,11;Ez 34); tradición que recogen Mt 9-26 y Jn 10. Esto nos permite pensar que la separación entre las ovejas de los cabritos la hará Jesús no con el cetro de rey sino con los sentimientos del pastor. "El Señor es mi pastor nada me falta; aunque camine por cañadas oscuras nada temo porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sostienen" (Sal 23). Los sentimientos del pastor al fin de cuentas serán las obras de misericordia como examen final; lo que el Papa Francisco resume como el cuidado de los unos por los otros: "con una gratuidad que acoge con el gusto de reconocer que Dios está en los otros". "Yo les aseguro que cuando lo hicieron con el más insignificante de mis hermanos conmigo lo hicieron" (evangelio). La vida eterna es una práctica permanente de solidaridad hasta convertirse en herencia de Dios como recompensa a nuestra compasión con los pobres en su "corporeidad", por su condición más vulnerable. La maldición de las cabras es un "auto castigo" a nuestro egoísmo excluyente que niega a los demás como hijos de Dios y hermanos nuestros. "Yo les aseguro, que cada vez que dejaron de hacerlo con el más pequeño, el pobre, dejaron de hacerlo conmigo" (evangelio). Así ser bendecidos o maldecidos como ahora estamos, depende de nosotros porque conocemos el punto principal del examen, el encuentro con Dios en los pobres. "Y así Dios lo será todo para todos, agrega Pablo (segunda lectura).